

Paradigmas infantiles y America Latina

*Gisela Torres Hurtado**

Cuando un paradigma es axioma de Identidad, todo el universo por él abarcado, puede ser comprendido desde aquella condición, dando cuenta en tal acto de una diferencia específica respecto de otros universos que no comparten con aquel la misma identidad paradigmática. Así, en una cultura determinada, lo que la define esencialmente es aquello que la hace particular y única respecto de las demás culturas. Llamamos a tal distinción, paradigma, por cuanto lo propio que de ella sabemos, inscribe su sustancialidad en lo histórico; y puesto que un paradigma es siempre confrontable con la realidad, para el caso de identidades culturales, la omisión de la historia obraría efecto de negación, no pudiendo validarse tal propuesta paradigmática por haberse violentado el principio de adecuación, condición necesaria para valir tal o cual carácter de definición como privativo de una cultura específica. Así serán paradigmas de Identidad cultural, el animismo, la occidentalidad, el racionalismo etc., según sean los tales atributos, criterios de ubicación respecto de la cultura que intentamos definir.

Ahora bien, existe tal Identidad en las culturas, y toda cultura es una expresión óptica del ser humano; en ella, lo propio a determinados hombres, se traduce a idiosincrasia, costumbres y tradiciones. Lo externo en tanto objetividad ha obrado su virtud sobre lo subjetivo, por cuanto, la originaria intencionalidad humana se ha dirigido a un mundo ya dado, acogiendo su materialidad para informarlo (darle forma). Dentro de tal acometido, lo geográfico cobra consistencia de inmanentismo en relación a lo paradigmático, pues la Identidad así fundada, no aliena tal propiedad, sino antes bien inscribe en ella el referente de una ubicación que contorneando la espacialidad, es epígrafe de conocimiento: aquí estás, éste eres.

Dentro de esta contextualidad, el ser individual se desarrolla cuando desenvuelve de sí la capacidad de filiación con el entorno ya definido culturalmente, lo que equivale a decir, cuando el efecto de su adaptación al medio, resuelve una personalidad cuya expresión en la Identidad se corresponde con un principio de integración. La expectativa de sujeto que desde tal apreciación es concebida, se corresponde con una intención conciente de dirigirse hacia el logro respectivo, lo que en términos profesionales es resuelto en políticas de acción, educacional, terapéutica o de orden estructural-social, según sea el dominio con el cual se corresponda. Hasta aquí, asistimos a un espectáculo universalmente existente.

RESUMEN

El autor piensa la base de la identidad infantil en Latinoamérica, planteando la tarea de integrarnos valores autóctonos en la construcción de una identidad continental.

PALABRAS LLAVE

Niñez; Latinoamérica

* Profesora, escritora de cuentos infantiles en Santiago-Chile.

Ahora, cuando de lo que se trata es de discernir los paradigmas privativos de una identidad cultural ya delimitada, nos surge una inquietud cuya elongación se orienta a interrogar, formulando su pregunta en los siguientes términos: ¿Es posible concebir, desde una cultura del desarraigo, una expectativa, cuyo sentido tenga real alcance de integración? En otras palabras, ¿arribaremos verdaderamente al “ser integrado” desde una ontología que versada sobre la eticidad nos señala al sujeto como propósito, si nuestra acogida a tal entendido es un alienado de lo que culturalmente somos? La respuesta que nos aflora, casi como si ella se desprendiera en necesidad con lo preguntado, es que no, no es posible tal expectativa de sentido, o al menos, que nos sería debido indagar en este error de “alienar lo entendido”, si es que tal fuese el equívoco que al la hora de las consumaciones entorpece el logro del propósito señalado. Abordémoslo entonces pues, en tales términos, y ensayemos esta suerte de tesis que, ahora, en relación estricta con América Latina, se pronuncia respecto de los paradigmas de Identidad.

Y puesto que nuestra expectativa desenvuelve el curso de sus objetivos en un terreno general cuya semilla de agitación sigue siendo la infancia, nos sitiaremos en este frente para contrastar nuestros logros con los propósitos que al respecto hemos erigido como los convenientes, o adecuados a esta realidad particular que nos define como sujetos (niños en este caso) latinoamericanos.

Partamos entonces de aquella, nuestra expectativa, y alzémosla a proyecto desde esta condición menuda que nos es propuesta como referente de identidad paradigmática.

Al respecto, cabría en justicia una primera precisión como requisito para desarrollar nuestras aproximaciones, y ésta es respondernos qué esperamos de un niño latinoamericano. Sabemos que, a nivel de aula por ejemplo, esperamos que el niño sortee exitosamente el proceso enseñanza-aprendizaje, lo que elongado a objetivo general de Educación extendería tal efecto de adaptabilidad a la integración de ciertos valores particulares. Lo mismo podríamos hacer valer, si nuestra enfoque no fuera el estrictamente educacional (en términos de intencionalidad), y fuese el terapéutico o remedial, por ejemplo; siempre la aspiración dice referencia a un adaptar (o ver adaptado) al niño a una realidad, sea esta axiológica, de desempeño, ambiental, etc. Todo ello, sin embargo, no es más que expresión de pretensiones universalmente aplicables a cualquier tipo de sociedad, y de hecho ellos son los patrones generales que están a la base de cualquier política de acción educativa.

La pregunta sólo podrá ser contestada en propiedad, cuando respondamos a esta otra interrogante: ¿Quién es el niño latinoamericano? Y puesto que las categorías

básicas desde las cuales cualquier comprensión sustenta una conducta de resolución (que indica o señala en este caso), son las categorías de espacio y tiempo, el propio niño latinoamericano nos da la respuesta: “el niño latinoamericano es el que vive en América Latina, o sea, yo”.

Pensemos ahora en la diversidad de niños que, comprendidos dentro de este universo, son los que caben dentro de tal proximación. Y nuevamente alzémosnos “infantilmente” desde tal diversidad, es decir, cogamos el dato sin adelantar en él, juicios. Cogido así nuestro fenómeno (aquello que se nos presenta), quedémosnos con el informe respecto a la diversidad. Llegados a este punto, nuestra tentativa podría ser de la abstraer una esencia que, común a todos los niños del continente, logre darnos cuenta del quién por el cual preguntamos. Pero tal acto de abstracción no nos garantiza un descenso a la realidad en términos de auténtica consistencia cotidiana, y en ésto coincidimos, a la vez que apelamos a la autoridad, con el filósofo latinoamericano Guillermo Francovich quien nos advierte sobre esta suerte de “... de modo artificial definir al hombre haciendo abstracción; se crea con ello una atmósfera artificial con respecto al ser humano, atmósfera que actúa como una cortina de humo que lo aísla de su medio natural, desvitalizándolo o deshumanizándolo” (Brú, 1971).

Insistamos por tanto en nuestra intención, consistamos de este modo desde esta infancia diversificada, donde son tan latinoamericanos los niños analfabetos como los alfabetizados, los que asisten a colegios como los que van a la escuela, o los que padecen determinados trastornos psicológicos que a otros no le competen. Nuestra pretensión sigue siendo el ser integrado, y nuestras condiciones reales de pobreza, por ejemplo, ¿son acogidas por esta pretensión? En otras palabras, las líneas de acción que ponen en movimiento nuestra originaria intención ¿darán por sí mismas, cuenta de un verdadero espíritu de integración a la hora de formularse expectativas de seres “adaptados”? Porque si se tratara de seres meramente adaptados a su circunstancia, entonces tendríamos que hacer omisión de toda una tradición cultural que, con énfasis cuantitativo mayor o menor, síguese transmitiéndole a los niños como lo relativo a su idiosincrasia. De hecho, la celebración por ejemplo de la Independencia Nacional es, en todos los países del continente, una fiesta, y las rondas y cuentos infantiles que perpetúan su vigencia a través del tiempo son fundamentos de este sentimiento de arraigo que es fundamental para el desarrollo. Por supuesto que hay rondas y cuentos de tradición universal lo que también es sustancial para la conformación de un sentido de las figuraciones como puentes de proyección hacia amplitudes propias a la naturaleza humana, pero lo que inmediatamente es

transmitido como lo “nuestro”, eso, nos es el referente propio dentro del cual nuestro yo encuentra acogida de reales para su proclamación como sujeto.

Lo “nuestro” no concibe en su seno relaciones de ajenidad con lo que nos es próximo, y en tal sentido es más que propio erigir la premisa de la integración como propia de la infancia. Sigamos siendo niños, y en nada nos costaría acordar que allí, en nuestro terreno (el lúdico) la tal diversidad (de analfabetos y alfabetizados) es absolutamente intrascendente.

Tomemos esto dos datos nuevamente, tradición y juego, el uno como legado de identidad, el otro como terreno de las imparcialidades valóricas, y el universo que despertará en tal conjugación resolverá una disposición a la magia esencialmente telúrica. De hecho, el elemento tierra es el universal respecto de las culturas de nuestro continente, está presente no sólo en las leyendas, sino en toda la mística de la tradición de nuestros pueblos. Dentro de tal alcance, cobraría plena vigencia la propuesta del filósofo brasileño José Pereira de Graça Aranha quien proponía como trabajos que obrarán bondad sobre la acción moral, la incorporación a la tierra, lo que extrapolado a la infancia equivaldría a proponer el jugar con tierra.

Esto, que pudiera parecermos una aproximación romántica a un intento de unificación, es no más que un alcance que abraza en su proclama a esta “conciencia cósmica” de la cual nos hablaba José Vasconcelos (1967) en su “Raza Cósmica”, entendiendo tal conciencia también como un inconciente colectivo, dentro del cual esto legados de la tradición obrarían un efecto mágico de curación, cuando son integrados en una acción donde coopere la voluntad.

Ahora volvamos a la expectativa, con este niño arraigado en una tradición que le habla (todavía) de una tierra que “es suya”. Cuando nos sitiamos en la contextualidad del arraigo, ¿qué nos sucede? Diremos, para ser sintomatológicos, que rápidamente dejamos de consistir en aquello que hemos alborado, y en ello quizás concursan dos elementos sobre los cuales sería bueno reflexionar, si es que tal encrucijada no resuelve por la vía de la creencia, nuestra adhesión al optimista práctico. Estos elementos son: nuestra intencionalidad, y nuestro intelectualismo. Nuestra intencionalidad se dirige, va en camino de integrar, quiere – por lo demás, que no exista pobreza, quiere que los niños de nuestra América gocen y vivan la dignidad de sus derechos todos

sin exclusiones. Quiere en fin, que la voz de la denuncia surta efecto de remesón y de resuelta de entrega, como bien pueden surtirlos estas palabras de Eduardo Galeano: “El sistema trata a los niños; a los niños ricos los trata como si fueran dinero, a los niños pobres los trata como si fueran basura, y a los del medio, los tiene bien pegados a la pantalla del televisor”.

Así, nuestra intencionalidad sustancializa en su seno, toda nuestra condición, pues cuando ella es puesta en marcha, cooperan en su movimiento, voluntad, afectos y capacidades, pero he aquí que cuando ella se adelanta a avisorar las dificultades (o riesgos) de su acometido, se detiene, y abstrae, predice pesimistamente y concluye que, lo que se puede hacer, por la infancia desvalida en este caso, es muy poco. Aunque asumido fenomenológicamente (como la descripción de algo que se da) la tal conciencia de que lo que se puede hacer es muy poco, no es suficiente para detener nuestro ánimo, pero cuando es en este punto (del proceso intelectual) en el cual nos detenemos, entonces el íntegro de nuestra originaria intencionalidad deja de actuar unificadamente, pierde fuerza y diluye su acción. Y si bien es cierto que nos es fácil plantearnos una tarea de integración en términos de actuar acorde a una identidad continental que muchas veces no podemos ni siquiera precisar, también es cierto que la tal posibilidad no es un “no a lugar”, pues cuando nos planteamos tal cometido desde la infancia, entonces se renueva nuestro andar y se vuelve alegría de incursiones nuestro mancomunado esfuerzo de cotidianizar lo utopizado.

SUMMARY

The author thinks about the childhood identity's basis in Latin America, looking for the integration of local values on the building of a continental identity.

KEY WORDS

Childhood; Latin America.

Bibliografía

1. Brú, U.C. - **Los grandes temas de la filosofía latinoamericana**. México: Ed. Novaro, 1971.
2. Vasconcelos, J. - **La Raza Cósmica**. México: Ed. Novaro, 1967.